

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL MAESTRO FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA.

Señores:

Señoras i señoritas:

Abro e inicio este acto académico, público i solemne, no menos complacido que conmovido, en ejercicio de la Presidencia i en nombre de la Academia Dominicana de la Historia; i dóile la bienvenida al selecto i numeroso auditorio i le doi las gracias, mui merecidas, por su asistencia i su adhesión al homenaje que hoi, en el primer centenario de su natalicio, se le rinde al ilustre escritor i ciudadano que en el mundo fué Emiliano Tejera.

Iníciolo en un momento en que, siquiera por un minuto, vacilo bajo una impresión no grata que acabo de recibir i que me nubla la mente. Era sólo de tres números el programa formulado para este homenaje i un impedimento repentino ha desplazado el segundo número, el número central, el cual se le había atribuido a un distinguido académico correspondiente, como discurso de orden, i ha dejado un vacío en el programa.

Escusadme, damas i caballeros, si aun vacilo en escoger el tema de mi improvisación deseoso de ampliar el breve discurso con que pensaba dejar satisfecho a mi benévolo auditorio.

En dos partes —con ellas se integrará— voi a dividirlo.

Sea la primera la evocación de un cuadro, tomado del natural, a distancia de ocho décadas tal como lo he recordado algunas veces en el largo camino de mi vida. No lo evoco ahora en cumplimiento de un deber sino al noble impulso de un amor que ennoblece mi espíritu.

Yo era un niño, de siete años recién cumplidos, cuando vestí la sotana, como acólito en el altar i como tiple en el coro, en el templo de Santa Bárbara. Mi abuela i mi madrina, a poco, creyeron o soñaron ver en mis sienes algo como una mitra. El Padre Francisco Díaz Paez, modelo de vida generosa i santa, era el Cura de la Parroquia i me distinguía entre los monaguillos al servicio de ese templo. Un día se dirigió conmigo al Seminario. Era día laborable —yo lo llamo de labor— i debió ser sábado pues las aulas estaban desiertas. Subimos la escalera —aquella escala por donde yo habría de subir i bajar, en un lapso de quince lustros cuando

era el Seminario, cuando fué el Instituto Profesional i cuando llegó a ser, como lo es, la Universidad de Santo Domingo— i llegamos a la antesala con un saludo religioso. Una voz armoniosa, la del Prelado, nos invitó a entrar a la pieza inmediata. Era su alcoba. Entramos i nos indicó sentarnos. Su blanca mano de pastor acarició mi cabellera de adolescente. I, mientras el vicario i el párroco conversaban, i yo era el tema de su diálogo, mi curiosidad efusiva se entretenía con el cuadro que tenía a la vista.

El prelado era Fernando Arturo de Meriño. Acababa de cumplir veintiseis años i era ya Rector del Seminario i Vicario Apostólico de la Arquidiócesis Dominicana, sede vacante. Vestía una sotana de botonadura i ocupaba un sillón junto a la puerta que daba al techo, a guisa de terraza, de un piso bajo anexo al edificio. Junto a una ventana que caía a la calle, un joven de blanco i fino perfil, negros los ojos i el pelo, lo mismo que su traje, leía para sí en un pequeño volumen. Luego oí su nombre: Benito Pina. En una mesa, e inclinado sobre ella, escribía otro joven de pelo negro, vestido de blanco, i su rostro, como sus manos, parecía posarse sobre el papel de su escritura. Era miope. A poco oí su nombre también: Emiliano Tejera.

Meriño interrumpió el diálogo i, dirigiéndose a ambos jóvenes, les dijo: “Benito, Emiliano, vean: el nuevo seminarista se llama Federico i es hermano de Daniel.”. El uno cerró el libro me miró suavemente i en sus labios se dibujó una sonrisa. El otro volvió a medias el cuerpo —estaba de espaldas— i me miró con cierta vaguedad i reanudó su trabajo como si estuviera solo en la alcoba.

Meriño fumaba en una pipa como solía. Cuando volví a fijarme en él, atraído por su afabilidad, me dijo algo grato mientras una columna de humo en espiral se formó en el aire. Algo extraño se dibujó en su extremo i a cierta altura. Era un símbolo? Esa espiral simbólica permaneció por largo tiempo en mi imaginación i en mi memoria.

Así en ese cuadro, vivo i lleno de promesas, conocí a Fernando Arturo de Meriño que había de ser mi maestro de cultura i de civismo; a Benito Pina, que solo tenía veintinueve años, i era ya un cultivador de los estudios filosóficos i un profesor idóneo del curso superior del idioma lati-



no; i a Emiliano Tejera, que contaba diecisiete, i era secretario del Seminario i a la vez de la Vicaría o Jefatura de la Arquidiócesis. Así conocí a Emiliano Tejera, a penas con un saludo de despedida, el cual había de ser, sin demora, mi buen amigo al principio i mi amigo cordial durante mas de sesenta años. Era un trio de intelectuales i la proceridad los esperaba con su lauro de cultura i de civismo. Los próceres civiles, generalmente, se elevan a mayor altura que los próceres militares.

Debo contraer la segunda parte de mi improvisado discurso a quien se le dedica éste homenaje en el día del centenario de su natalicio.

Estimo que Emiliano Tejera, como un diamante, tiene varias luminosas facetas en su espíritu. Escojo una de ellas, su patriotismo, que a lo largo de su existencia fué la más luminosa.

La reaccionaria reincorporación del país a España, inconsulta i egoísta, dos años después, tuvo en el Seminario la primera protesta. Meriño, que era a la par maestro de la doctrina religiosa i de la acción cívica, asumió la dirección de un movimiento que se frustró a poco de iniciado. Todos los seminaristas, los dos auxiliares en primer término, simpatizaron con la acción cívica del Rector. Por desgracia sobrevino, a deshora i como nunca deplorable, la muerte de Benito Pina. Estaba aun en el abril florido de la primavera de su útil existencia, sabio i bueno, cuando rindió a la muerte la ofrenda su vida.

El patriotismo llenó el vacío en el alma de Meriño i de Tejera. I mientras el uno era enviado a España bajo partida de registro, lo mismo que Colón aunque sin grillos bejaminosos, el otro se refugiaba en su hogar i luego, al estallar el Grito de Capotillo, aparecía en Caracas, como periodista, i ensayaba su pluma de acero toledano en favor de la guerra restauradora de la independencia dominicana. Dos escritores dominicanos, Alejandro Angulo Guridi i Emiliano Tejera, fueron heraldos de la causa en el "Federalista", periódico venezolano, dirigido entonces por el ilustre escritor Don Felipe Larrazábal, abuelo del académico Carlos Larrazábal Blanco.

En Caracas conoció personalmente a Duarte, el joven peribdistista, i acreció su patriotismo a medida que "el primero en la extensión del sacrificio" iba creciendo, en su concepto de patriota, como Apostol Trinitario, Padre de la Patria i Fundador de la República.

Cuando la bandera nacional ondeó de nuevo en el asta del Baluarte del Conde i en el asta de la Torre del Homenaje, el 11 de Julio de 1865, los

expatriados volvieron al País. Emiliano Tejera regresó entre los primeros; i, cuando se creó el protectorado como forma de gobierno interino, los heraldos de la prensa, "La Regeneración" i "El Patriota", ocuparon la banguardia del periodismo dominicano. Contábase entre sus redactores Delfín Madrigal, Javier Angulo Guridi, Carlos Nouel, i un grupo de jóvenes colaboraban en ambos. Hago mención honorífica de José Francisco Pichardo i Emiliano Tejera. El último figuró entonces entre los delegados más jóvenes a la Asamblea Constituyente. Esta se reunió en el Seminario conciliar de Santo Tomás de Aquino, i luego continuó sus sesiones en la Casa Consistorial. La hermosa sala, con sus paredes pintadas al óleo i su plazón estucado, el cual lucía en su cornisa, con letras de relieve, una décima que era una lección de moral i de civismo al Concejo de los Ediles, fue destruída mas tarde lo mismo que el rico i bello coro de la Catedral Primada.

Nueve años después, cuando el movimiento fusionista de Puerto Plata desalojó al "Gobierno de los Seis Años", reapareció Tejera como diputado en la Constituyente de 1874. En ella, como en la reunida en 1865, se distinguió por sus ideas liberales i patrióticas, lo mismo en la nueva Constitución adoptada que en los artículos previsores del tratado dominico-Haitiano.

Fuera de la política de los bandos personalistas se mantuvo en un lapso de treinta años. Fué entonces cuando, entregado a sus estudios e investigaciones, tres sucesos de interés histórico i nacional, sucesivamente, lo destacaron como escritor e historiador esclarecido. Sus dos volúmenes sobre el hallazgo de los restos de Colón, en 1877, reunidos luego en un solo libro; sus páginas, reunidas en opúsculos, referentes a la obra i la vida excelsas de Duarte, en ocasión de erigir un monumento al Fundador de la República; i la memoria, escrita por él, sobre el diferendo dominico-haitiano, presentada a Su Santidad León XIII, árbitro elegido por su sabiduría i su espíritu de justicia, dan fé i testimonio fidedigno de la ardua, útil i justiciera labor realizada en los tres casos por Emiliano Tejera.

Al final de ese largo período, a honesta distancia de Palacio, él, como luego lo hizo uno de sus más caros amigos en igualdad de situaciones, pudo haber dicho: "Yo soi un dominicano que, en cinco ocasiones, no he sido Ministro ni Secretario de Estado."

Su patriotismo se acendró durante la ocupación intrusa; i culminó en una síntesis: El Nacionalismo.

